

María Delia Fernández

Facultad de Humanidades y Ciencias  
Universidad Nacional del Litoral

## Construcción discursiva de la temporalidad en el prólogo de 'Las nubes' de Juan José Saer

Conceptos actuales sobre temporalidad lingüística, perspectiva temporal, y ciertos planteamientos pragmáticos como el valor narrativo de las formas temporales del sistema verbal español, orientan este trabajo.

En este prólogo de Juan José Saer un juego temporal articula, a través de marcas lingüísticas, el tiempo de la historia y el espacio del discurso narrativo. La elipsis y la pausa permiten que el relato progrese combinando varias formas de un ritmo de aceleraciones y desaceleraciones.

Por un lado, el profuso empleo del presente verbal intenta forjar una imagen temporal de simultaneidad. La concomitancia del tiempo narrado con el tiempo de la narración inscribe este prólogo dentro del relato simultáneo. Por otro, este tiempo verbal no se mantiene a lo largo de todo el texto, en razón de producirse una suerte de desplazamiento sugerido por la transformación de la percepción en verbalización, como si el discurso se desplegara siempre a posteriori.

La experiencia del tiempo en este relato se vincula con la percepción del espacio, tratando de crear una 'unidad de lugar' entre tiempos y espacios habitados por dos personajes que, en la superficie de la trama, no están juntos, pero cuya percepción de los mismos estímulos permite que el narrador pueda mostrar el encuentro de afinidades profundas en diferentes experiencias de tiempo.

*This paper presents recent conceptualizations about linguistic temporality and certain pragmatic proposals such as the narrative value of the temporal forms in the verbal system of Spanish.*

*In this Prologue from Juan José Saer, a temporal game articulates the time of the story and the space of narrative discourse through linguistic marks. Ellipsis and pause allow the progress of the story, combining several forms of a rhythm of accelerations and desaccelerations.*

*On one hand, a profuse use of the present verbal tense tries to forge a temporal image of simultaneity. The concomitance of narrated time with the time of the narrative inscribes the Prologue within the simultaneous narrative. On the other hand this verbal tense is not permanent all throughout the text, due to some kind of displacement suggested by the transformation of perception in verbalization, as if discourse always displayed (o unfolded) itself a posteriori.*

*In this story, time experience relates with space perception trying to create a 'place unity' between times and spaces inhabited by two characters who, on the surface of the plot, are not together, but whose perception of the same stimuli allows the narrator to show profound affinities in various of time experiences.*

## Introducción

Uno de los argumentos esgrimidos por Benveniste (1969) para sostener el carácter lingüístico de la subjetividad se basa en el reconocimiento de ciertos elementos *deicticos* o *indiciales*, que organizan el espacio y el tiempo alrededor del centro constituido por el sujeto de enunciación y marcado por el ego. Son formas “vacías” cuya significación se realiza en el acto del discurso, indicadores de la deixis, demostrativos, adverbios, o expresiones equivalentes que organizan las relaciones espaciales y temporales en torno del sujeto, tomado como punto de referencia.

Otro de los argumentos esbozado por este lingüista es la expresión de la *temporalidad*. Nos dice que el tiempo presente no puede definirse si no es por referencia a la instancia de discurso que lo enuncia. Fuera del discurso el tiempo no tiene asidero. Cada enunciación inaugura un presente, es decir, instaura un punto de referencia en función del cual se organizará la representación de la temporalidad.

Estos conceptos actuales de temporalidad lingüística, perspectiva temporal y ciertos planteamientos pragmáticos, como el valor narrativo de las formas temporales del sistema verbal español (Gutiérrez Araus, 1995), orientan este trabajo.

En el prólogo que da comienzo a la novela *Las nubes* de Juan José Saer, mecanismos discursivos, como la deixis temporal, la alternancia de tiempos verbales y la referencialidad (elipsis), son utilizados, de peculiar manera, para relacionar dos protagonistas emblemáticos dentro de la narrativa de este autor, Pichón y Tomatis, y dos ciudades, Santa Fe y París. En el mismo se explica el hallazgo de un manuscrito actualizado en un “*disket trouvé*” (inscripto en una tradición que se remonta al Quijote), escrito en tercera persona (marco y también “marca” en este caso, cuando usualmente los prólogos que explican el hallazgo de un documento están en primera persona, a cargo del descubridor o del divulgador).

El argumento de *Las nubes* (contenido en el “*disket*”) es simple. El doctor Real debe llevar cinco locos a la casa de Weiss, desde Santa Fe hasta Buenos Aires. Se organiza una caravana de treinta y seis personas que, *demasiado lenta y demasiado larga*, atraviesa la pampa y sus amenazas, entre ellas la tribu de un cacique. Indios, locos y animales, un paisaje extraño y un clima agobiante tejen una red alrededor de Real, como si el viaje pusiera en suspenso las categorías acostumbradas. El resultado es una antiepopéya al filo de lo real. Pero también es la aventura de un psiquiatra, ya que, por momentos, esta novela semeja una exposición de casos: Prudencio Parra, que siempre cierra un puño, sor Teresita que ha caído en un éxtasis místico-sexual, Troncoso con sus delirios filosóficos, Juan Verde que habla repitiendo la misma frase con distintas entonaciones...

## La narración y el tiempo

Todo el texto constituye una forma de comunicación en un formato literario. El juego comunicativo entreteje una compleja relación entre el autor, los personajes y

el lector, produciendo una transición temporal de un estado de cosas a otra. Independientemente de los contextos en las que surgen, de las modalidades mediante las que se expresan y de los géneros que las integran, todas las narraciones describen una transición temporal de un estado de cosas a otro, propiedad que no define a la narrativa de modo unívoco; este atributo temporal es una caracterización necesaria pero no suficiente de la narrativa. Las narraciones describen mucho más que un orden de sucesos (Ochs E., 2000).

Paul Ricoeur (1995) se refiere a la propiedad temporal de la narrativa como “la dimensión cronológica”. En esta caracterización incluye relatos de hechos enigmáticos y también de hechos predecibles. Las narraciones pueden hacer referencia a un tiempo pasado, presente, futuro, hipotético, habitual, o cualquier otro modo culturalmente relevante de pensar el tiempo, y como lo hace notar este autor, el tiempo narrativo es tiempo humano, no tiempo del reloj. El enfoque de Ricoeur se apoya en la filosofía de M. Heidegger (1974) quien distingue el tiempo físico del tiempo existencial, y afirma en *El ser y el tiempo* que los seres humanos experimentan el tiempo como una fusión de pasado, presente y futuro. Nos experimentamos a nosotros mismos en el mundo del tiempo presente pero con un recuerdo del pasado y una ansiedad hacia el futuro. Una de las propiedades del género humano consiste en que tenemos cuidados o preocupaciones que nos llevan a contextualizar el presente en relación con el pasado y el futuro, a contextualizar el pasado en relación con el presente y el futuro, y a contextualizar el futuro en relación con el pasado y el presente.

La narrativa cumple la importante función de llevar el pasado a la conciencia del tiempo presente, procura un sentido de continuidad de uno mismo y la sociedad. Cuando elaboramos narraciones sobre el pasado las apre hendemos en términos de lo que ellas implican para el presente y el futuro. Éstas son las razones por las que las narraciones referentes a sucesos pasados son también narraciones sobre el presente y el futuro (Ochs, 2000).

La comprensión de distintos dominios temporales dentro de una misma extensión del discurso sugiere a su vez que el género podría comprenderse mejor como una perspectiva respecto de un texto antes que como un tipo de texto, porque los relatos no son tanto descripciones de hechos como interpretaciones de sucesos acaecidos, es decir, selecciones antes que reflejos de la realidad.

#### La elisión

Analizaremos los recursos discursivos sólo en el prólogo del texto de Saer, en donde observamos la omisión del sintagma nominal que da referencia a todos los verbos de las cláusulas principales. Este procedimiento, que llamamos elipsis, consiste en que el elemento que da referencia a todos esos verbos aparece en el cotexto posterior y no existe cotexto anterior alguno que permita su identificación.

La elipsis constituye uno de los mecanismos fundamentales de la cohesión que contribuye a la creación de textura y es, además, un proceso de economía discursiva. Halliday y Hasan (1976) definen la elisión de la siguiente manera: "Un elemento elíptico es aquel que, como si estuviera presente, deja vacías posiciones estructurales específicas que deberán llenarse desde otras posiciones".

La elisión nominal da cuenta de la elipsis del pronombre de sujeto, que es habitual en nuestra lengua, pero lo que no es usual y observamos en este discurso es que el sujeto elidido aparece en páginas posteriores y no es anafórico. Tenemos una posición sintáctica identificable cuyo constituyente no aparece expresado sino que está implícito. Su interpretación se realiza por remisión a un elemento presente en el cotexto lingüístico y recuperable, aunque más adelante, y por lo tanto, este procedimiento presenta similitudes con la catáfora pronominal. Podemos leerlo en el comienzo del prólogo que transcribimos:

*Está viéndose ya en la esquina, bajo el sol, cerca del puesto del vendedor de helados protegido por el toldo a rayas, anchas. De antemano ha sentido, al cruzar la calle desde la vereda de sombra a la del sol, el asfalto, blando a causa del calor, bajo la suela de sus mocasines marrones. Y ahora, sobre la vereda gris que arde y reverbera en la siesta de verano, su sombra se proyecta a sus pies, encogida a causa de la posición del sol que no hace mucho ha empezado a bajar, lento desde el cenit.*

*El cucurucho doble de crema y chocolate que se apresta a tomar será su único almuerzo, y si ha esperado hasta tan tarde –son casi las dos y media– para salir de su oficina a comprarlo, es porque ha decidido que el helado debe servirle para tirar sin comer hasta la hora de la cena. El calor es sin duda la causa principal de su frugalidad, pero una especie de estoicismo que podría considerarse como deportivo, producto no de una regla que aplica a su vida entera, sino del capricho del día le da a esa estrategia física una vaga coloración moral. De modo que se siente bien durante unos segundos, contento, leve, sano y, a pesar de no andar lejos ya de los cincuenta, cree poseer un porvenir –inmediato y lejano– claro, recto y vivaz, igual que una alfombra roja extendida desde la punta de sus pies hacia el infinito. Casi de inmediato el rigor del verano, el tumulto de la calle, los gases negruzcos que despiden los coches y que envenenan el aire lo retrotraen a un poco más de realidad, a ese término medio del ánimo que equidista de la angustia y de la euforia y que los que creen conocerlo más o menos bien, y él mismo aun cuando por distracción se deja convencer por ellos, llaman con certidumbre injustificada su temperamento...*

*Es el seis de julio. El año pasado, después de veinte de ausencia, con el pretexto de liquidar los últimos bienes familiares, Pichón ha visitado*

por algunas semanas su ciudad natal, de mediados de febrero  
a principios de abril...

Estamos en la tercera página del prólogo y recién se dilucida quién es el protagonista de estos sucesos, Pichón, un nombre propio.

La lógica discursiva nos dice que primero debe aparecer el elemento que contiene más información léxica, el que es autónomo referencialmente, y después el elemento que lo señala o repite bajo una forma más breve y económica. Sin embargo, el autor ha optado por invertir esta norma sirviéndose de la elipsis, presentando todas las acciones primero y posteriormente el lexema que le da una interpretación referencial (*Pichón*). Sin dudas este procedimiento contribuye a crear un efecto discursivo marcado, dar la información como conocida, como anunciada. La falta de un contexto lingüístico anterior caracteriza este proceso fórico; el movimiento hacia adelante que activa la elipsis produce la sensación de un discurso que no empieza en ese punto, sino que, por el contrario, continúa de antes.

El protagonista aparece de esta manera por primera vez; en sucesivas oraciones de secuencias anteriores estuvo presente por la acción verbal pero no por su nombre. Sólo bajo la forma de los pronombres personales *él*, *lo*, *le*, y el posesivo *su*, se percibe la presencia de un sujeto. Entonces, repetimos, hay un protagonista que no aparece en las sucesivas oraciones de las primeras secuencias sino que se realiza bajo la forma de elipsis del sujeto y de formas endofóricas como pronombres y posesivos.

Este prólogo ofrece un principio cuya riqueza estilística es parangonable a su nivel de intensidad narrativa, se desarrolla alrededor de dos personajes, dos tiempos y dos espacios que en un movimiento discontinuo entre el presente y el pasado, entre el pasado y el pasado del pasado, alcanza a desarrollar circularmente una acción: el inicio del prólogo coincide temporalmente con su fin.

La temporalidad. Algunas cuestiones gramaticales

Una buena parte de los problemas que presenta el tratamiento del tiempo verbal en la gramática clásica se debe, como en el caso de otras categorías gramaticales también relacionadas con fenómenos extralingüísticos, a la falta de una distinción clara entre la noción que los seres humanos tienen del tiempo, la forma en que lo conciben y comprenden y las características que la categoría lingüística tiempo presenta en una lengua concreta o en las lenguas en general (Rojo y Veiga, 2000). Confundir las nociones generales del pasado, presente y futuro que aplicamos a nuestra vida o a la historia de una comunicación con las que recibe habitualmente la misma denominación en la gramática de una lengua supone, además de la mezcla de elementos pertenecientes a esferas conceptuales distintas, un punto de partida incorrecto que impide entender la auténtica naturaleza del tiempo lingüís-

tico y su funcionamiento en el interior de las lenguas. Para comprender correctamente el funcionamiento de las formas verbales, en lo que se refiere a sus contenidos temporales, comenzaremos por diferenciar, siguiendo la línea trazada por Benveniste, entre tiempo físico, tiempo cronológico y tiempo lingüístico. Para este autor, el tiempo físico es un continuo uniforme, infinito y lineal, exterior al hombre. Su correlato humano es el tiempo psíquico, que consiste en la vivencia que cada uno tiene del paso del tiempo y que hace que sintamos que transcurre de forma lenta o rápida según, por ejemplo, la actividad que estemos llevando a cabo.

El tiempo cronológico es el tiempo de los acontecimientos. Dado que todo ocurre en el tiempo, los hechos se sitúan unos con respecto de los otros, de tal forma que podemos establecer relaciones de anterioridad, simultaneidad y posterioridad entre ellos. En su versión subjetiva, el tiempo cronológico explica nuestra visión de todo lo que ha ocurrido en relación temporal con lo que nosotros consideramos hitos fundamentales de nuestra vida. La sucesión lineal del tiempo físico o la simple sensación de su paso da lugar a la orientación relativa de los acontecimientos.

La objetivación del tiempo cronológico implica la necesidad de recurrir a fenómenos generales que puedan ser observados y recordados por toda la comunidad y a partir de los cuales se hace posible la medida del tiempo. La estructura del tiempo cronológico objetivo se hace patente en los calendarios que reúnen tres condiciones comunes: a) Existe un momento originario, un punto cero del que parte el cómputo, que se establece a partir de un hecho que se considera decisivo en la historia de la comunidad correspondiente. b) Una vez establecido el punto cero, los demás acontecimientos se sitúan antes, al tiempo o después de él. c) Finalmente, se fijan unidades de medida basadas en fenómenos naturales que nos permiten indicar cuánto tiempo antes o después del punto originario tiene lugar un acontecimiento, es decir, hacen posible fecharlo. Las fechas, referidas siempre al punto originario, sirven también indirectamente para situar unos acontecimientos respecto de otros y, si es necesario, conocer la distancia temporal existente entre ellos (Benveniste, 1969).

Las tres características básicas del tiempo cronológico objetivado son, por tanto, el establecimiento de un punto cero (la condición estativa de Benveniste), la situación con respecto a ese punto (la condición direccional) y la medida de distancia temporal (condición mensurativa).

Como es de esperar, el tiempo lingüístico se basa en el tiempo cronológico, pero no coincide totalmente con él. El tiempo lingüístico se fundamenta en el establecimiento de un punto cero, pero ese punto no es estático, sino móvil. Aunque no siempre ocurre de este modo, podemos considerar que el punto cero lingüístico coincide con el momento de la enunciación. Cada acto lingüístico se convierte, así, en su propio centro de referencia temporal con respecto al cual los acontecimientos pueden ser anteriores, simultáneos o posteriores. La orientación directa o indirecta con respecto a este momento es la característica fundamental

del tiempo lingüístico y la única que funciona en muchas lenguas. "Las diferencias básicas entre tiempo cronológico y tiempo lingüístico se observan con claridad si se tiene en cuenta que el primero tiene la fechación como su finalidad fundamental, mientras que el segundo se centra en la orientación con respecto al punto cero establecido en cada enunciado... "Un elemento del sistema lingüístico temporal como 'ayer' no nos permite situar el día referido en un punto concreto de la línea del tiempo cronológico, pero estamos seguros de que se está haciendo referencia al día anterior a aquel en que se habla y también de que debe seguirle una forma verbal congruente con dicha anterioridad." (Rojo y Veiga, ob.cit.)

Podemos concluir, entonces, que la temporalidad lingüística presenta como característica fundamental basarse en el establecimiento de un punto cero, que coincide habitualmente, pero no de manera forzosa, con el momento de la enunciación. Y frente a la linealidad y el carácter irreversible del tiempo físico, el lingüístico consiste en la situación de los acontecimientos en una zona anterior, simultánea o posterior con respecto al punto central, o bien, a algún otro punto situado a su vez con relación al central. Lo fundamental es, por lo tanto, la orientación directa o indirecta de los acontecimientos con respecto al punto cero.

#### El tiempo verbal

Simplificando mucho las cuestiones, para no entrar en terrenos que nos alejarían de nuestro objetivo, si se parte de una estructuración en la cual todo se reduce a la existencia de un presente (huidizo por su misma naturaleza), precedido de un pasado y seguido de un futuro, parece lógico esperar que el verbo, clase de palabra a la que se reconoce y atribuye la expresión del tiempo, necesite exactamente tres formas para dar cuenta de todas las relaciones esperables.

La evidente inadecuación de los planteamientos tradicionales de la temporalidad verbal para dar cuenta de los valores de las formas ha dado lugar en los últimos años a la formulación de teorías que postulan la existencia de categorías complementarias, que podemos agrupar en dos grandes bloques:

Por un lado, la línea seguida primero por Benveniste (1969) y luego por Weinrich (1968). El factor común a ambos consiste en el establecimiento de dos grupos de formas verbales (historia y discurso en el primer caso, formas comentadoras y formas narradoras en el segundo). Esta distribución es, en los dos autores, el gran principio organizador del sistema.

Por otra parte, la línea que introduce en el verbo los llamados "niveles o planos de actualidad", aceptada por Lamíquiz (1994). La diferencia entre dos "perspectivas" (de "presente" o "participación"/ de "pasado" o "alejamiento") introducida por Alarcos Llorach (1970) en el estudio del verbo español presenta no pocas coincidencias.

La experiencia del tiempo es la que el discurso construye, las formas de vivir el tiempo son las que los actores de una historia ponen de manifiesto (Ricoeur, 1995)



y como el tiempo preside todos nuestros actos, no es de extrañar que la lengua haya elegido como forma esencial de expresarlo a la parte más importante de la oración, esto es, el verbo en sus formas flexivas. El verbo es la categoría sintáctica con que se reviste una unidad léxico-semántica cuando adquiere una visión dinámica temporal. Así, si en un discurso enunciativo, haciendo abstracción de los valores semánticos de sus términos lexemáticos, la categoría sustantivo proporciona al texto resultante quietud espacial estática, la categoría verbo, por su parte, procurará al producto enunciativo una clara temporalidad dinámica.

El tiempo es la continuidad en la cual se disponen en serie esos conjuntos diferenciados que constituyen los acontecimientos, pues ellos no son el tiempo sino que están en él. Todo se halla en el tiempo, salvo el tiempo mismo (Benveniste, 1969). Dijimos antes que, en cuanto categoría sintáctica, el verbo es tiempo y al desarrollarse gramaticalmente aparece un entramado sistémico donde tres marcas funcionales organizan el subsistema verbal y operan en el enunciado discursivo: la época, el modo y la actualidad (Lamíquiz, 1994).

La *época* se apoya como referencia implícita en la experiencia interlocutiva del momento comunicativo como presente, y origina un momento temporal anterior o época del pasado frente a otro momento temporal posterior o época del futuro.

El *modo* expresa el punto de vista subjetivo ante la posición del desarrollo de la acción verbal que se enuncia: el subjuntivo supone una visión de la acción en curso de realización, mientras que el indicativo corresponde a la visión subjetiva del hablante como acción verbal acabada o ya realizada. A menudo la realidad objetiva del acontecimiento en la experiencia obliga a una u otra de esas visiones, de ahí el régimen modal obligado que aparece frecuentemente en el enunciado textual.

La *actualidad*, como marca del subsistema verbotemporal, se refiere a la distinción entre los dos niveles que manifiestan dos planos de enunciación diferentes: el de la "historia" y el del "discurso".

Si la operatividad discursiva de la *época* y del *modo* se puede captar sin graves problemas en el análisis de un texto, la marca de actualidad originará consecuencias enunciativas dignas de atención. Las formas verbales que se sitúan en el nivel actual del discurso, *plano del ahora*, pertenecen a una comunicación que se instala en el *mundo comentado*, con preponderancia de empleo en las partes textuales dialogadas, en la situación espacio temporal directa del aquí - ahora, mientras que el conjunto de formas del nivel inactual, *plano del entonces*, hace referencia a un *mundo narrado*, con gran predominio de uso en las partes del relato del emisor, formas adecuadas para la expresión de esa situación temporal inactual del aquí-entonces (Weinrich, 1968).

El valor del tiempo consiste en significar la relación entre lo referido por la parte léxica y el momento en que se produce la comunicación (caso de los tiempos absolutos) o bien entre lo referido y un momento especificado en el

contexto (como sucede en los tiempos relativos). La noción temporal tiene valor de morfema y se manifiesta desinencialmente entremezclada con otros contenidos morfológicos como la persona, el número, el aspecto, la anterioridad y el modo, que varían en la conjugación (Martínez García, 1996).

Todas las formas verbales (salvo el infinitivo, el participio y el gerundio) están caracterizadas por el morfema de tiempo que suele agruparse en función de tres momentos: el presente, el momento más amplio en que se sitúa el acto elocutivo, el pretérito, que denomina al momento anterior a la comunicación, y el futuro, que abarcaría el período todavía no experimentado o vivido.

Estos tres momentos representan al tiempo cronológico u objetivo. Pero en el tiempo lingüístico intervienen también factores de tipo subjetivo: el hablante puede participar psicológicamente en los hechos que comunica acercándose temporalmente a ellos y en ese caso utiliza el presente. O puede sentirlos como algo ajeno a sus vivencias y se aleja consciente o inconscientemente de ellos y entonces utiliza el pasado. Pero esta doble perspectiva temporal no se manifiesta siempre y únicamente en el verbo sino que tiene un alcance sintáctico, por ejemplo, en la oración compleja donde existe correlación temporal entre el verbo de la oración principal y el de ciertas subordinadas: los presentes reclaman presentes y los pasados reclaman pasado.

#### El tiempo en el texto

Los sucesos se organizan en función de un presente del enunciador para el cual el *ayer* se sitúa en un pasado puntual y determinado y el *hoy* asume una duración que, si bien desborda su acto locutivo (pues el presente es inasible), en algún punto es concomitante con él. Ese punto de referencia puede ser observado tanto en el nivel de lo enunciado como en el nivel de la enunciación, y en tal caso, se observará su anterioridad, simultaneidad o posterioridad respecto del momento presente del enunciador (Filinich, 1999).

Esto quiere decir que es necesario reconocer las dos dimensiones en que el tiempo se manifiesta en el discurso: la dimensión enunciativa que equivale al tiempo narrado y la dimensión enunciativa que corresponde al tiempo de la narración.

La situación en el tiempo se realiza siempre tomando, directa o indirectamente, como punto de referencia, el momento del discurso. Esto determina una característica esencial del tiempo verbal, y es su naturaleza deíctica. Un elemento lingüístico posee carácter deíctico cuando su valor semántico depende de una relación con el tiempo o con el lugar en el que se efectúa el discurso.

Los deícticos constituyen una clase relativamente cerrada de unidades o expresiones lingüísticas que reducen sobremanera las dimensiones del léxico, al tiempo que permiten hacer referencia a un número ilimitado de entidades del mundo. Tales propiedades –economía y versatilidad– se derivan de la peculiar manera de referir de los deícticos, se trata de términos abiertos, cuya referencia

no está fijada de antemano ni se mantiene constante, sino que se establece, crucialmente, cada vez que cambian el hablante, el oyente o las coordenadas espacio-temporales de los actos de enunciación. “Hay tres clases de deixis, la personal, la espacial y la temporal, que sitúa lo descrito en el discurso en relación con el momento en que tiene lugar el evento comunicativo; se incluyen en este tipo de deixis determinados adverbios, frases nominales y preposicionales con valor temporal, así como la conjugación verbal de tiempo.” (Cuenca, 2000).

Las alteraciones que aparecen en la disposición discursiva de la historia son altamente significativas. Sabemos que el tiempo, en tanto objeto del discurso, es cuantificable mediante parámetros culturalmente construidos como lo son los criterios de segmentación entre horas, días, meses, años. De ese tiempo, así ordenado, el discurso verbal nos proporciona una representación espacial medible en párrafos, páginas, capítulos. Y es evidente que no hay ninguna regla de equivalencia entre las medidas temporales y las medidas espaciales, un largo período de tiempo puede ser narrado en pocos párrafos o a la inversa.

La velocidad del relato es atribuida por Genette (1972) al concepto de duración. Esta duración narrativa se observa al articular el tiempo de la historia (medido en años, meses, días) y el espacio del discurso narrativo (extensión de los segmentos de texto dedicados a referir tales lapsos temporales). En el texto de Saer este juego temporal aparece en marcas lingüísticas del tiempo objetivo, en expresiones adverbiales deícticas como *el año pasado, después de veinte de ausencia, algunas semanas, mediados de febrero a principios de abril, un año entero, de tanto en tanto, los domingos, de mañana, de tarde, de noche,...*

Dentro de la gradación posible del ritmo, la elipsis (hay un nombre significativo presupuesto en la historia que el texto omite y no le dedica espacio en las primeras páginas) y la pausa (la historia por momentos se detiene, no hay un devenir temporal, sin embargo el relato prosigue mediante una descripción): *Y ahora sobre la vereda gris que arde y reverbera en la siesta de verano, su sombra se proyecta a sus pies, encogida a causa de la posición del sol que no hace mucho ha empezado a bajar, lento, desde el cenit ... Del cielo azul, sin una sola nube, el sol manda una luz omnipresente y ardua ... el alba rompe, lívida, por el este, y el sol intolerable reaparece....* combinan varias formas de ese ritmo y permiten que el relato progrese mediante un juego de aceleraciones y desaceleraciones.

En el tiempo enunciativo o de la narración están implicados enunciador y enunciatario. Si focalizamos nuestra atención en la concomitancia o no concomitancia del tiempo narrado con el tiempo de la narración podemos inscribir este relato dentro del relato simultáneo, caso de la concomitancia entre ambos tiempos, la cual debe ser tomada como un intento, por parte del tiempo de la enunciación, de captar el tiempo enunciado. El fragmento de relato simultáneo que a continuación transcribimos pretende dar la imagen paradójica de narrar el mismo tiempo que se actúa:

*Es el 6 de julio. El año pasado, después de veinte de ausencia, con el pretexto de liquidar los últimos bienes familiares, Pichón ha visitado por algunas semanas su ciudad natal, de mediados de febrero a principios de abril. A pesar de los años, de las decepciones y de la extrañeza, se ha traído, de vuelta a París, algunos buenos recuerdos, y la promesa de Tomatis de venir a visitarlo, pero pasó un año entero sin que Tomatis se decidiese a viajar. De tanto en tanto, los domingos, se llamaban por teléfono, aunque nunca tenían nada preciso que decirse, y como viven en hemisferios diferentes, de tal modo que cuando uno está en pleno verano el otro ve golpear los puñados de lluvia helada contra la ventana, y como a causa de la diferencia horaria cuando en la ciudad es de mañana en París es de tarde, y cuando en la ciudad es de tarde en París es ya de noche, el tiempo ocupaba una buena parte de sus conversaciones. Hasta que, menos de dos meses atrás, un domingo de mayo en que hablaron un poco más que de costumbre del tiempo porque, a pesar de la diferencia de estación, de país, de continente y de hemisferio, las condiciones climáticas eran idénticas (un día frío y lluvioso), Tomatis le anunció por fin la buena noticia de que a principios de julio pasaría unos días por París.*

Para dar cuenta de un proceso en el que el detenimiento en la presentación de la escena sugiere una acción en curso –la escritura– que a su vez exige pausas, avances, retrocesos, digresiones y rodeos en su desarrollo, el texto intenta forjar una imagen temporal de simultaneidad mediante el empleo profuso del presente verbal. Sin embargo, no deja de producirse una suerte de desplazamiento, sugerido por la transformación de la percepción en verbalización, como si el discurso se desplegara siempre a posteriori. Por ello la dificultad de mantener a lo largo del discurso el tiempo presente de los verbos, ya que la experiencia instantánea del presente es inasible y el lenguaje, con sus selecciones y valoraciones, no hace sino poner en evidencia su poder de volver pasado todo presente.

En un pasaje de la carta que acompaña al diskette que Pichón recibe en París leemos: *Lo que percibimos como verdadero del pasado no es la historia, sino nuestro propio presente que se proyecta a sí mismo y se contempla en lo exterior.*

En otro momento del prólogo: *... Pichón suele acodarse en la ventana del segundo piso que da a la calle callada y vacía, y mientras fuma cigarrillo tras cigarrillo, va auscultando, más que los detalles exteriores de la noche, las sensaciones que esos detalles despiertan en él, y que lo retrotraen al pasado, a su infancia sobre todo, por momentos de un modo tan intenso y claro que el tiempo parece abolido, a punto de inducirlo a pensar que muchas sensaciones que él ha creído siempre propias de un lugar, eran en realidad propias del verano.*

Y para finalizar: ...y aunque va llevándose a la boca, una a una, sin mirarlas, las cerezas...Grandes, carnosas, frías, gloriosamente firmes y rojas, que, una vez obtenida, y aunque tantos pretendan lo contrario, por casualidad la primera, la materia se puso porque sí a multiplicar, son sin embargo, porque corre el mes de julio, las últimas del verano. Y nada asegura que, con la misma liviandad caprichosa con que salieron de la nada a la luz del día, después del verano interminable y negro, volverán a aparecer.

En su profundo estudio sobre el tiempo, Ricoeur (1995) agrega a las dos dimensiones antes señaladas una tercera que él denomina "la experiencia ficticia del tiempo". Si consideramos el modo en que este texto da cuenta de la experiencia que el narrador y el personaje manifiestan tener del tiempo, podríamos agrupar un conjunto de reflexiones que se atañen al trabajo de la memoria, la reminiscencia, la percepción, la proyección. Decimos que hay una representación de la experiencia del tiempo en el interior del universo del texto, y esta experiencia, explorada por el texto y ofrecida como otro modo de concebir la temporalidad, indaga más en su profundidad que en su linealidad. La introspección es uno de los mecanismos que permite dar densidad a la imagen del tiempo. Intercalada entre los momentos de la acción, produce un efecto de retardación en virtud del cual, paradójicamente, la historia avanza.

Este proceso es posible porque, para el narrador, el tiempo de los acontecimientos que va a narrar es todo pasado; su posición canónica es ubicarse en un tiempo ulterior a los sucesos que son objeto de su discurso. Por ello, puede desplazarse a voluntad en el interior de ese pasado, transformado por el efecto de su voz en un espacio que se puede recorrer en cualquier dirección sin necesidad de atenerse a la cronología. "Así este tiempo no transcurre, está todo ahí, en una suerte de instantaneidad. Paradójicamente, su temporalidad es una suspensión del tiempo, un tiempo detenido y espacializado." (Dorra, 1997).

La temporalidad del narrador y la del personaje son tiempo sin transcurso porque el tiempo no puede experimentarse de otro modo que como duración y además no puede visualizarse sino como espacialidad. La experiencia del tiempo se vincula con la percepción del espacio tratando de crear una unidad de lugar entre: *la ciudad y París, la mañana y tarde, la tarde y noche, el pleno verano y los puñados de lluvia helada*, habitadas por dos personajes que en la superficie de la trama no están juntos pero cuya percepción de los mismos estímulos crea un puente para que el narrador pase de un flujo de conciencia a otro. La construcción de la temporalidad muestra el encuentro de afinidades profundas en experiencias diferentes del tiempo.

No por casualidad, seguramente, Saer titula *Unidad de Lugar* una colección de relatos. En este prólogo, como en alguno de aquellos relatos, el tiempo vivido se muestra a la vez simple y complejo. El trabajo de la memoria simplifica la complejidad del tiempo al transformar las densas percepciones temporales en lugares puntuales de una conciencia que, como la escritura que es la plasmación del

recuerdo, rescata de la muerte todo aquello que por su solidez puede ser pulido y modificado y, de tal modo, volverse perdurable más allá de los efectos del transcurso del tiempo. La escritura, la memoria, constituyen esa unidad de lugar que construye un espacio homogéneo para insertar en él la heterogeneidad del tiempo.

#### Referencias

- Alarcos Llorach, E. (1970) *Estudios de gramática funcional del español*. Madrid. Gredos.
- Benveniste, E. (1969) *Problemas de lingüística general*. Tomos I y II. México. Siglo XXI.
- Cuenca, M.J. (2000) *Comentario de textos: los mecanismos referenciales*. Madrid. Arco/Libros.
- Dorra, R. (1997) *El tiempo en el texto*. Crítica dil Texto, 1.
- Gutiérrez Araus, M.L. (1995) *Formas temporales del pasado en Indicativo*. Madrid. Arco/Libros
- Halliday, M y Hasan, R. (1976) *Cohesion in English*. London. Longman.
- Halliday, M. (1978) *El lenguaje como semiótica social*. México. Siglo XXI.
- Heidegger, M. (1974) *El ser y el tiempo*. México. FCE.
- Lamiquiz, V. (1994) *El enunciado textual*. Barcelona. Ariel.
- Martínez García, H. (1996) *Construcciones temporales*. Madrid. Arco/Libros
- Ochs, E. (2000) "Narrativa", en van Dijk T. *El discurso como estructura y proceso*. Barcelona. Gedisa.
- Ricoeur, P. (1995) *Tiempo y narración. Configuración del tiempo en el relato de ficción*. Tomo II. México. Siglo XXI.
- Rojo, G y Veiga, A. "El tiempo verbal. Los tiempos simples", en RAE (2000) *Gramática descriptiva de la lengua española*. Volumen 2, dirigida por Bosque I. y Demonte V. Madrid. Espasa Calpe.
- Saer J. J. (1997) *Las nubes*. Buenos Aires. Seix Barral.
- Weinrich, H. (1968) *Estructura y función de los tiempos en el lenguaje*. Madrid, Gredos.
- Van Dijk, T. (comp.) (2000) *El discurso como estructura y proceso*. Barcelona. Gedisa.